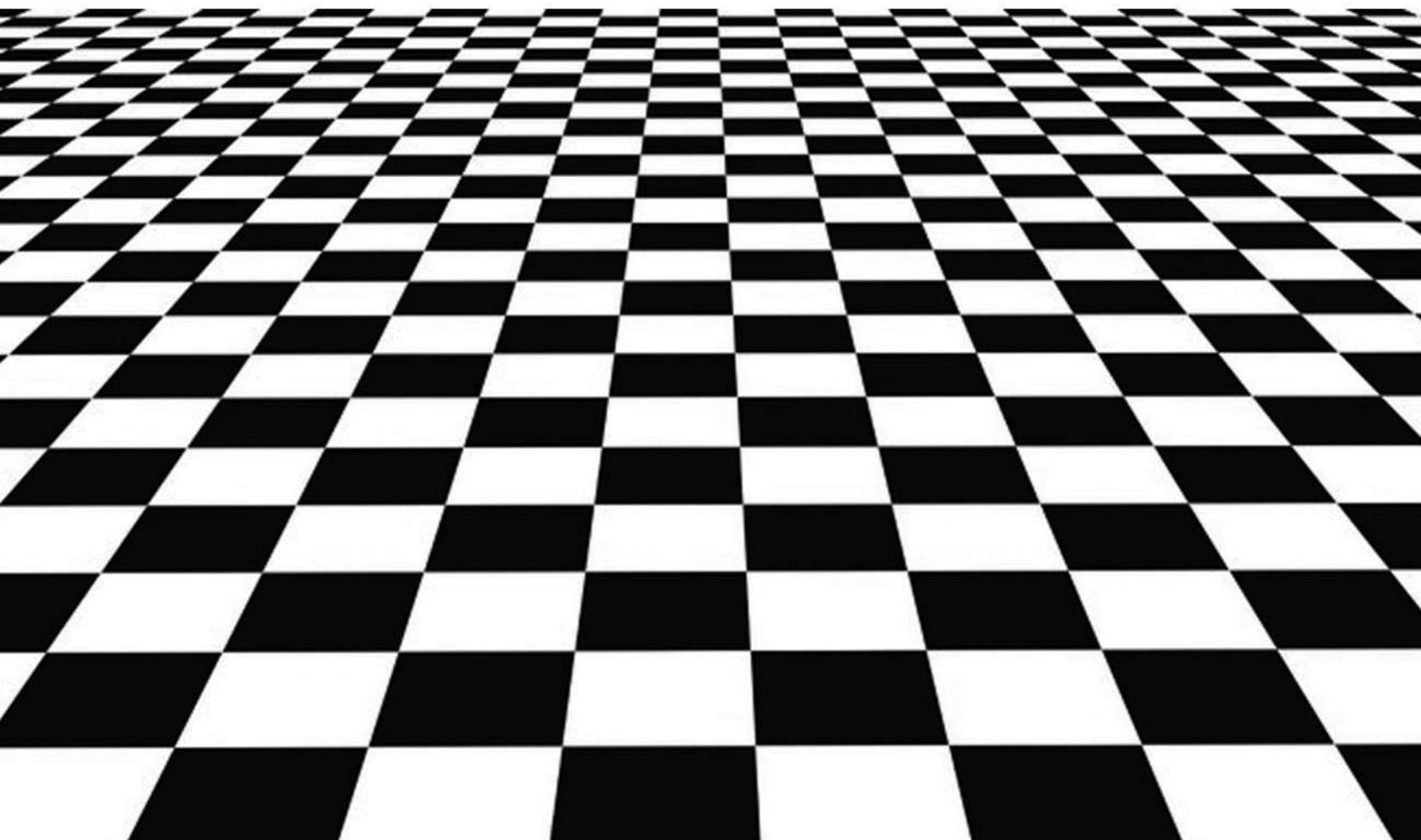
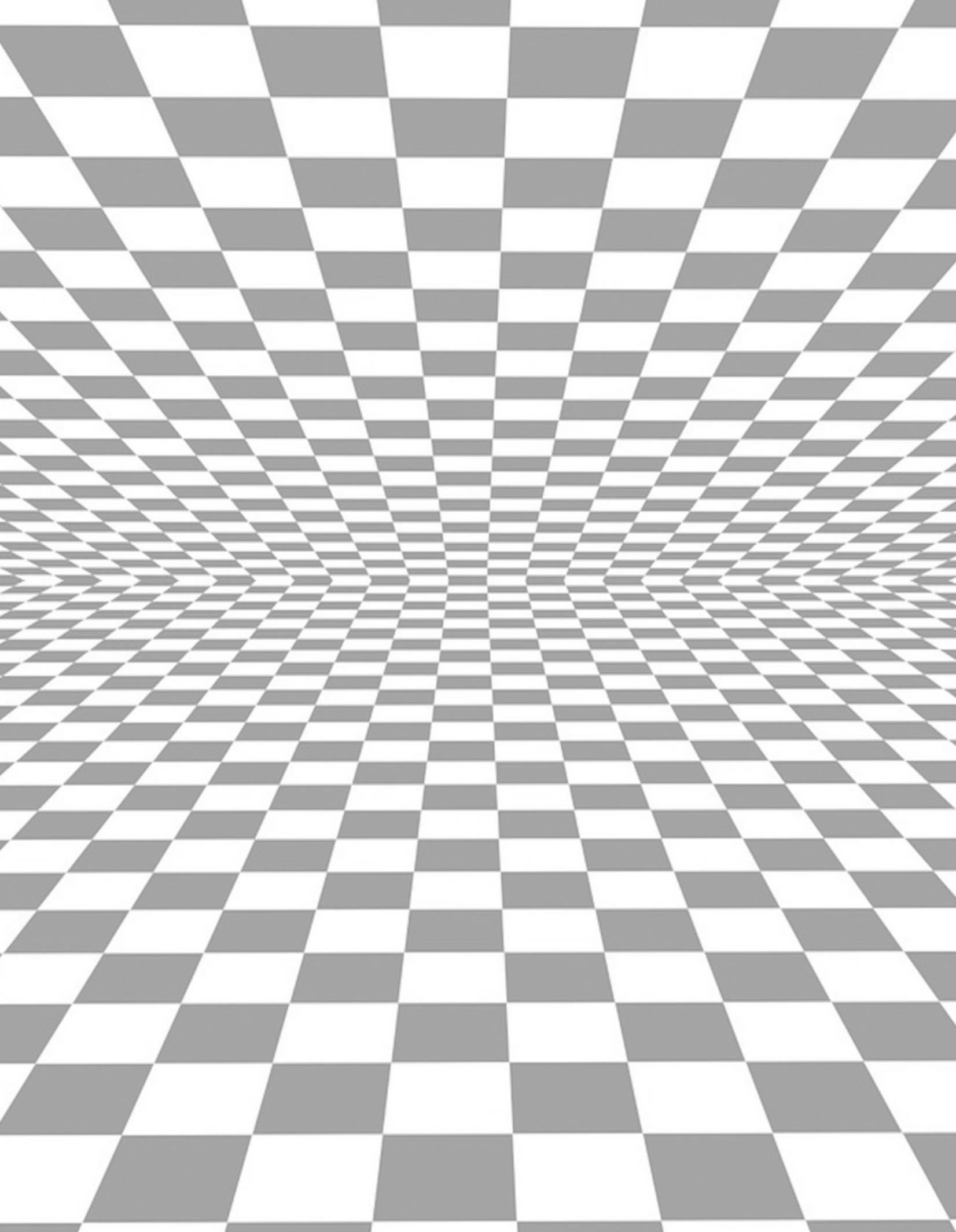


Pótimas poéticas





Poemas de Langston Hughes en traducción de David Lara Ramos



David Lara Ramos, periodista, escritor, reportero gráfico y docente del programa de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena, cede para Ergoetrías una selección de versiones suyas al español, del poeta norteamericano Langston Hughes (Joplin, Misuri, 1902 – Nueva York, Nueva York, 1967). Este poeta de origen afro, adoptó las improvisaciones y los ritmos del jazz a su poesía; asimismo, la influencia musical del blues como parte de su herencia afroamericana. En su arraigo a difundir el orgullo de su procedencia racial, buena parte de sus poemas aluden a su mundo ancestral y a su presente como poeta de la cultura norteamericana.

EL NEGRO HABLA DE LOS RIOS

He conocido ríos:

He conocido ríos ancestrales como el mundo, y más viejos que
el torrente de sangre humana que corre por las venas

Mi alma se ha hecho profunda como los ríos.

Me bañé en el Éufrates cuando los amaneceres se iniciaban
Construí mi choza cerca al Congo, y me arrullo hasta dormir.

Miré más allá del Nilo y levanté las pirámides sobre él.

Escuché el canto del Mississippi cuando Abraham Lincoln bajó
hasta New Orleans, y he visto cómo su pecho lodado
se convierte en oro al atardecer.

He conocido ríos:

ancestrales, ríos oscuros.

Mi alma se ha hecho profunda como los ríos.

DE MADRE A HIJO

Bien, hijo, te cuento:
La vida para mí no ha sido una escalera de cristal
han habido clavos
y astillas en ella,
y peldaños destrozados,
y lugares sin alfombras en el piso—
desnudo.

Pero todo el tiempo
he estado escalando,
alcanzando altas planicies,
cruzando pendientes,

Y en algunas ocasiones yendo hacia la oscuridad
donde nunca ha habido luz.
Entonces muchacho, no des la espalda.
No descanses sobre los escalones
Porque encontrarás placer en la dificultad.

No caigas ahora—
Yo sigo todavía subiendo, querido,
he seguido escalando,
la vida para mí no ha sido una escalera de cristal.



EL TROMPETISTA

El Negro
con la trompeta en sus labios
tiene lunas oscuras de lasitud
en sus ojos
donde los recuerdos latentes
de barcos negreros
son quemados a zumbidos de látigos
en sus muslos.

El Negro
con la trompeta en sus labios
tiene una cabeza de cabellos vibrantes
amansados,
cuero-amansado ahora
hasta que brille
como azabache —
como si fuera azabache una corona.

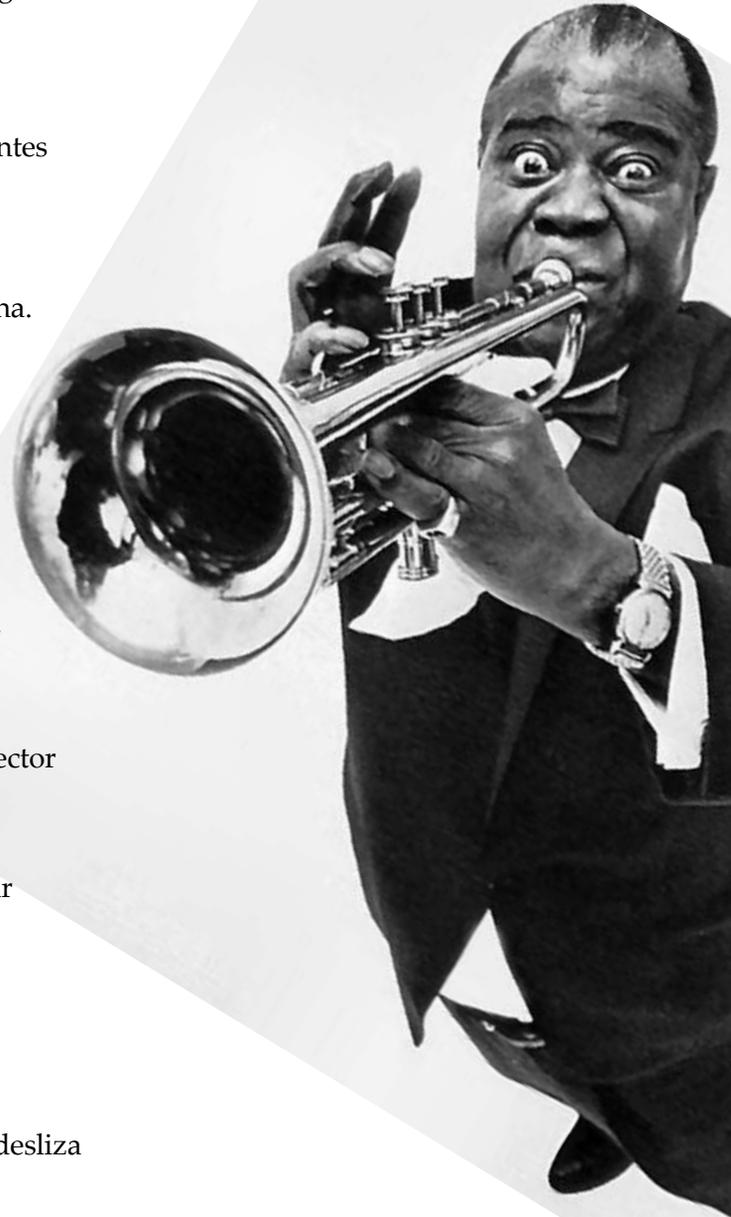
La música
de la trompeta en sus labios
es miel
mezclada con fuego líquido.

El ritmo
de la trompeta en sus labios
es éxtasis
destilado de antiguos deseos—

Deseo
que es anhelo para la luna
donde el lucero es la luz de un reflector
en sus ojos,
Deseo
que es anhelo para el mar
donde el mar es una copa de bar
como para un tonto.

El Negro
con la trompeta en sus labios
cuya chaqueta
tiene un fino botón corredizo,
no sabe
que al sonar del estribillo, la música desliza
su aguja hipodérmica
en su alma—

Suavemente
a medida que la tonada emerge de su garganta
los problemas
se calman hacia una nota de oro.



DULZURAS DE HARLEM

¿Te has chupado los residuos
de Loma de Azúcar ?
disuelve tu pureza
sobre esta emoción sepia:
muchacha de azúcar morena,
golosina de caramelo,
Tierna miel de caña
tan dulce para lamer.
Muchachita de piel hermosa,
Café y crema,
chocolate deseado
más que un sueño.
Nogal teñido
o cocoa morena,
labios de granada
orgullos del pueblo.
Rica crema coloreada
ciruela teñida de negro,
dulzura femenina
en Harlem nunca falta.
Prende la barita
para ruborizar la rosa.
Níspero de bronce
para dedos de canela.
Zarzamora apetecida
vino Virginia Dare —
¡todos estos dulces colores
dan sabor a mi Harlem !
nogal o cocoa,
déjenme repetir:
Caramelo, azúcar morena,
dulce de chocolate.

SUE DE ROJO

Cuando Susanna Jones viste de rojo
su rostro es como un antiguo retrato
transformado por las épocas.

¡Ven con una ráfaga de trompetas,
Jesús!

Cuando Sussanna Jones viste de rojo
Una reina de algún tiempo muerto de una noche egipcia
Camina una vez más.

¡Suenen trompetas, Jesús!

Y la belleza en rojo de Sussana Jones
quema en mi corazón un agudo amor de fuego, un dolor

¡Dulces trompetas de plata,
Jesús!

SIN REGISTRO OFICIAL

Escucha esto, Joe,
¿no sabes
que mañana
tienes que ir
hacia la lejanía donde
soplan vientos de acero?
Escucha esto, muchacho,
se ha estado diciendo
que mañana tú estarás muerto
allá afuera, donde
la nieve es plomo.

No me preguntes por qué,
sólo sigue adelante y muere.
Escondido del cielo
allá en la lejanía tú reposarás:
Una medalla para tu familia —
a cambio de
un muchacho.

Mamá, no llores.

Tres poetas colombianos



Gustavo Rubio Guerrero

(Armenia, Colombia 1952 - 2020). Fallecido recientemente en Armenia, publicó en coautoría, un libro de cuentos: *Reventando la palabra*, 1989; los libros de poemas: *Los Muros y la Rosa*, reeditado con versión crítica, por la Secretaría de Cultura del Departamento y la Universidad del Quindío, en la Colección de Autores Quindianos, 2010; *El amor esa bestia un tanto sola*, 2003; *Poemas del cuarto*, primera parte, 2005, y *Poemas del cuarto*, segunda parte, 2007, y el libro de cuentos: *Te das cuenta que no hay nada que amar*, en 2008. En 2003 ganó el premio de Poesía Descanse en paz la guerra, de la casa de Poesía Silva. Figura en la *Antología del Cuento Corto Colombiano*, publicada por Intermedio Editores, 2002; también en la *Antología Poética del Siglo Veinte en el Quindío*. Fue invitado al festival internacional de poesía de Medellín, sede Armenia, 2014.



Los ciegos

Los ciegos grupo de personas
Dedicadas a creer en la bondad del santo
Los ciegos simpáticos cristianos
Teólogos de oscuro vuelo neoliberales
Comunistas decepcionados los ciegos
Usan del agua en la mañana de Nadie
Gafas ojalá negras para ocultar los favores
Los ciegos son minoría absoluta
En un mundo donde leer el libro
Significa algo así como leer la Biblia
Nos abruma las horas con sus congresos
De UNICEF o la OEA los ciegos miran la
Televisión los viajes a la luna pletoran
De imágenes los versos de Rimbaud las palabras
De Julia son un grupo de personas divertidas
Razonables y decentes que musitan
El sermón del padre Astete los ciegos
Voluptuosos exterminadores de la risa

Abuso de domicilio

Uno se entera Uno calla cómplice de familia
Anoche escuché ruidos me levanté
Miré desde la hendija tres del caserón
Forzaban la puerta oí leve gemido de mujer
Después nada dormí hasta hoy que es noviembre
Hace días no veo gestos ni caminan
Bellas chicas de esos cuartos no creo en su huida

De esta guerra nadie escapa
Sólo en la muerte es posible una salida
El cura arma entonces ese ritual de iglesia
Reza solemne por quien ya no veremos
Los ruidos que oigo cada noche
Anuncian otra despedida ha llegado nueva gente
Gente obesa que camina
Vigila y ya comienza a visitarnos
Pronto derribarán mi puerta
Todo lo hallarán en orden
Excepto este poema

El poeta dice

Dice hubo fuego en el bosque
Sobrevivieron palabras ausentes
Días que no sumaron horas ni instantes
Un cosmos arrugado de papel ilusión o espanto
El demiurgo abrazado a su nada infame
El poeta dice haber prefigurado la imagen
Donde la prudente Mónica
Jugase a hurgar los caminos de su piel
El jardín soñado de Wells la paciencia del poema
El poeta dice el silencio es la fiesta
Juego ritual sin rito fiesta en que suenan
Voces vueltas del espejo
Harapos de la foto hallada en un cuaderno
El poeta dice la ilusión es nuestro pan asesinado
La verdad el negocio de Dios o la iglesia
Ilusión mentira deslumbrante
No habita estos muros
El poeta dice hubo fuego en el bosque
Palabras de cenizas inflando un mundo de fábula
Dioses muertos de hambre
La nada es tu mejor imagen lector
Punto fugaz de la letra

Reglas de juego cuatro

Adolescencia ripio de puerta dice el guardián
No abusar del cuerpo ajeno ni del propio
Asumir rostro duro fumar yerbas que ayer llamaban
Vicios desplazar el centro lugar de hombres flojos
De filósofos que todavía añoran una patria y un cielo
La periferia es lugar preciso
Allí puede instalarse el corazón y lo bello
Lo bello obviamente no es lo que piensa el valor caduco
Que aún ordena el dogmático
Si es cierto que son jóvenes han de errar adentro
Y expulsar de un tajo la consciencia y el crimen
Y la memoria exhausta la historia de vencedores

También la estética de marca
El zumo de sentimiento que distingue a las personas
Esa cultura de lo exótico y esa canción reciclada
Entonces tendrán otros ojos y en
La mirada la dicha de estrenar palabras
De poder amar sin temores la tormenta
Esta tarde y la mañana

Grupo privado

Lánguidos señores escriben cosas
Fundar una política cuyo programa
Produzca argumentos muy de moda
Según dicen la patria los reclama exigen
Militarismo y sombra en la mirada
Burócratas de cuello sucio temen por el puesto
Plataforma ideológica fuman eucalipto
La exacta comedia de Hegel y el evangelio de Marx
Soy su secretario esquematizado actas peroratas
Vainas y bostezo todo está listo
Los oradores escuchan la explicación del discurso
He cambiado democracia por otra palabra
Transparencia por bulto de sombra alquilada
Informan a quien pone el billete exigen respeto
Uno de los calvos quiere meterme un tiro
Piden mi renuncia afirmo que la democracia
Es otro embeleco y tomo tinto





Angélica Hoyos Guzmán

Nació en Barranquilla, Colombia, en 1982. Escritora, docente e investigadora de la Universidad del Magdalena, Santa Marta. Candidata a doctora en Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, donde realiza su investigación sobre Poesía testimonial colombiana publicada entre 1980 y 2019. Es magíster en lingüística española, egresada del Instituto Caro y Cuervo y magíster en Literatura colombiana y latinoamericana de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, Colombia. Ha sido mencionada como finalista en el Premio de Ensayo Carolo Pereira de la Revista Nexos en 2016, en México. Tiene publicado un libro de poemas cuyo título es *Hilos sueltos* (Madrid, España, 2014). Ha publicado un proyecto de fotografía y poesía titulado *Cosas del Caribe*, y ha sido también incluida en varias antologías internacionales de la poesía contemporánea en Colombia y Latinoamérica.

Tejiendo el corazón del mundo

Las sagas wiwa,
las bailadoras del tambor,
las mujeres del corazón del mundo,
sabemos que en el tejido
juntamos palabras vivas,
tocamos la tierra
con la planta del pie desnudo.
No lo deshacemos.
Homero soñó y nos cantó,
como Ulises y Penélope
condenados al exilio del amor.
En el corazón del mundo
nos elegimos en cada encuentro.
Atamos las estrellas hablando con el mar,
nuestra lengua es fuego
que cierra los cabos de lana,
cantamos en los caminos de hormigas,
rugimos con los jaguares de la montaña,
dejamos el rastro,
el paso de los hombres que se irán,
los despedimos para seguir enlazando,
sin desbaratar dibujos en nuestras mochilas.
Las mujeres del corazón del mundo
ponemos nudo y punto,
infinito y gestación,
días de amar adentro con paciencia,
de oración para las luciérnagas
que encienden el tronar dulce del agua.
Nosotras, pájaras de luz,
en las montañas entregamos la sangre
que viene desde el centro palpitante.
Allí, te guarecemos hombre y toro,
sobre una piedra anciana del río,
te recibimos en el cuenco renaciente,
a ti que vienes de tocar
el dedo oscuro de la muerte,
te acunamos en mi beso
donde la luna y sus caras
se abren como magia de la noche.
Soy la que teje en el sueño
que cantaron mis Ancestros
donde tu y yo somos viajeros del hilo,
barqueros del lienzo oblicuo del sol.

Exilio para los raros

Así somos los raros: solitarios,
delirantes y tercos como los toros.
Déjennos conjurados en la sílaba,
en los atardeceres,
en los eclipses,

somos ese caballo que corre por las avenidas.
Déjennos mirando perdidos hacia la semilla,
hacia los árboles y los pericos
que arraigan en las nubes.

Los raros, los miramos a ustedes
a los ojos y murmuramos su sangre,
el cotilleo no impide que fragüemos
sobre ustedes lo que hay de nosotros.

Déjennos, respetado público,
pues sus troncos recios nos incomodan,
nos sacan del agua turbia del sueño.
En el fondo de los raros arde el fuego
para la juntura, la revuelta,

la rareza nuestra
que es de ustedes, de los que vuelven,
de los que siempre están partiendo.

Otra vez aquí los raros,
— con nuestras serpientes y
nuestros hechizos —
solo a nosotros hacemos daño,
así en la tierra como en el cielo.

Amantes

La palabra: ese cuerpo hacia todo.

Roberto Juarroz

A todos los amé:
hombres y mujeres.
Vengo de sus cuerpos:
letras encendidas
de surcos hondeados
en la corriente.
Anduve exiliada
y la muerte no disolvió
mi noche con sus luces.
¡He aquí mi tribu de agua!
La patria fue prestada.

Pantónimo

[Amé a Neruda]

Me gustas cuando escuchas porque estás como presente,
y te hablo desde cerca y mi voz te alcanza.

Parece que los ojos se te hubieran sembrado
y parece que mi beso susurra en tu boca.
Como muchas cosas estoy tocada con tu alma
y emerjo de las cosas llena del alma mía.

Soy mariposa negra y también ilumino,
y desde tu espejo me muestro vanidosa y sonriente.

Me gustas cuando escuchas y estás como atento,





y estás como esperando la sangre en mi palabra.

Y te hablo desde lejos y mi voz ya te toca.
Déjame que te corte el ombligo con la mirada.
Déjame que te hable también con este asombro.

Soy armoniosa y despejada como el día.
Mi palabra abre y aviva tus ramas.

Me gustas cuando escuchas porque estás como vivo;
sosegado y desnudo como en tu primer llanto.

Y mi voz, entonces, germina,
y los cantos de las mujeres que soy te abrazan,
y todas mis palabras bastan.

La anchura del mar

[Encuentro en la costa con Blanca Varela]

Nos sujeta la noche.
Hay una historia en cada ola.

Viene la música a borbotones,
en capullos rojos
se van las raíces
hacia el fondo memorioso.

Palpitamos en el oleaje.
La sangre nos reclama
su nítida paciencia.

Aquí en la arena,
frente a frente
—ella con los pies descalzos,
yo con un vestido amarillo—
hemos venido a reptar,
a moldear el barro,
a ser vasija.

Dejamos como huella
una negrura insurgente.
Se sabe escrita la bruma,
la espuma rompe contra las piedras.

Vinimos a escuchar la fuerza del mar,
vinimos a nacer de nuevo.



Jorge Schultz

Barranquilla, 1960. Autor de los libros *Palabras del durmiente* (2019), *A puerta cerrada* (1998), *Cartas y postales* (2000) y *Las criaturas del insomne* (2014).

Retrato del padre

Hay negras estrellas sobre la casa de mi padre
y su recuerdo está por los salones.
Allí en la alcoba acomodados sus asuntos,
el abrazo canción sobre los hombros de los hijos,
la mecedora en la que a veces me siento
y su rostro ocupa la sombra de mi rostro.
Su frente es mi frente y nos respiramos mutuamente.
El tiempo late en nuestra sangre.
Hay negras estrellas de mi padre;
relámpagos iluminan su ausencia por la casa.

Sagitario

Heridas sí
pero de eternidad
silban en el aire
las palabras.



La poesía también se come

El poema aún no escrito es un tazón de donde extraigo
con palitos chinos las letras de mi sopa estética.
Si la miro detenidamente
la palabra cuelga de sus puntas como un fideo aséptico.
Cada palabra es como una arveja
un mundo en la oscuridad diminuta.
Humea la sombra de una costilla en pesados amarillos.
La poesía despierta paladares con un bocado;
es la regla.
En sabores la palabra se rompe en su cadena de Adn,
sobre tu lengua y
digas lo que digas siempre te deja insatisfecho
—encalambrado de pies a cabeza—
Escribir y cocinar se parecen.
De alguna manera nativos, olla y puño,
pluma y tabla de picar verduras
de la constelación de Géminis.
Los dos oficios rescatan algo de la muerte;
porque alguien en la floresta mató una cebolla
alguien haló de la tierra a una acelga que traía gritos en los ojos
alguien degolló el ternero en la meseta cundiboyacense,
y por la ventana
brotan aromas de camarones frescos y de pulpos en mi tinta;
un sabor a Venus de Milo en las conchas rosadas de las ostras.

Posdata

Confirmando mi presencia en la instantánea
lugar y fecha en el anverso de puño y letra de mi mano.
Hoy es preciso atravesar fronteras
penetrar con nuestro hombro la niebla equidistante
dicen
escapar con un gesto en la mano por el universo cotidiano.
Quién toca a mi puerta por donde nadie entra
Quién interrumpe por celular mi cena
Quién rasga el pan de mi plato al desayuno.

Palabras del durmiente

Devorado en el sueño por la lucidez
de un relámpago,
erguida vi a mi alrededor
resguardándome la sombra de los ejércitos del tiempo.
Emperador de la dinástica pesadilla humana,
al levantar su espada con un gesto grandilocuente
de su mano
para decretar la muerte de algún guerrero,
miré la alfombra plagada de sus pulgas aéreas.
Con voz portentosa llené el cielo:
Ciudadanos de Roma,
no erijan tumbas en mitad de lo que quieren.

